
La hora de Finlandia

Josep Borrell

Con el mes de Julio Finlandia empieza su Presidencia de turno de la UE adoptando una actitud pragmática ante una Europa en crisis. La Constitución, las futuras ampliaciones, la energía, la cooperación judicial y policial, las relaciones UE-Rusia y la mejora de la competitividad serán las prioridades de un semestre que el Primer Ministro finlandés, Matti Vanhanen, presentó al Parlamento Europeo (PE) en su último pleno antes de las vacaciones.

Vanhanen inició su intervención recordando que el Parlamento finlandés y el sufragio universal y directo cumplen 100 años. Hace ya un siglo que las mujeres finlandesas ejercen la plenitud de sus derechos políticos, las primeras en Europa en hacerlo.

En otros muchos aspectos Finlandia es un ejemplo que Europa debiera poder imitar. Su situación es sin duda envidiable. Este país de apenas 5,2 millones de habitantes encabeza todos los índices de desarrollo humano, tiene una tasa de crecimiento del 3,5% un superávit presupuestario del 2,5% del PIB y una inflación del 1%.

El año pasado, Finlandia invirtió el 3,4% de su PIB en I+D, casi el doble que la media europea (1,9%). Es líder en calidad de la enseñanza secundaria y su sociedad es muy igualitaria, con un índice de Gini del 26,9 (el 0 correspondería a la igualdad absoluta y el 100 la máxima desigualdad).

Su único “pero” es su tasa de paro que se mantiene en un 8,4%. Pero para valorarla hay que saber de dónde se viene y no olvidar que Finlandia sufrió como pocos países el desmoronamiento del imperio soviético que le hizo sufrir un fuerte shock económico negativo. A mediados de los años 90 la tasa de paro alcanzó el 16,8% de la población activa.

Ello le obligó a una fuerte reconversión de su estructura productiva. Finlandia es un ejemplo del desarrollo de la economía del conocimiento. Su mejor ejemplo es el grupo Nokia, pionero en las comunicaciones móviles en un país que no tenía ninguna tradición en este campo.

Finlandia representa la prueba que es posible efectuar las reformas económicas, sociales y estructurales impuestas por la globalización, situarse a la vanguardia en la tantas veces citada “economía del

conocimiento”, desarrollar la no menos citada “estrategia de Lisboa” y mantener altos estándares de protección social.

Y, por si fuera poco, mantener al mismo tiempo la confianza en la construcción europea. Finlandia es el único país escandinavo que forma parte de la zona euro y en Octubre será el 16º país que ratifique el Tratado Constitucional.

Con ello Finlandia pretende mantener vivo el proceso, aun sabiendo que el texto actual no tiene ninguna posibilidad de entrar en vigor sin modificaciones. Pero estas modificaciones no implican tener que “partir de cero”, si de verdad se quiere disponer de un nuevo tratado antes del 2009.

Finlandia sabe perfectamente que el periodo de reflexión se ha prolongado para esperar hasta el final de la presidencia alemana en el primer semestre del 2007, cuando el panorama se puede ir despejando y enlazando con la presidencia francesa a finales del 2008. Y ello pese a la convocatoria de elecciones anticipadas en Holanda.

Pero tal y como expresó el Primer ministro Vanhanen ante el PE, el futuro de la Unión Europea no se centra solamente en la Constitución sino también en las futuras ampliaciones.

Finlandia deberá poner punto final al proceso de adhesión de Rumania y Bulgaria y animar la discusión sobre ese concepto vago de la “capacidad de absorción”. Para Finlandia *"la capacidad de absorción no debe ser un criterio adicional para limitar futuras adhesiones"*, y los Balcanes deben conservar su perspectiva europea. Pero la dificultad mayor con la que deberá lidiar es el proceso de negociación con Turquía. Helsinki deberá convencerla de que debe respetar sus compromisos con Chipre, ratificando el protocolo de Ankara que extiende a los nuevos Estados miembros su unión aduanera con la UE. Pero Turquía considera que ello equivaldría a reconocer a Chipre, cuya parte norte ocupa y se resiste a hacerlo. Ante esta situación Vanhanen reconoció en Estrasburgo que la posibilidad de suspender las negociaciones existe.

Pero la presidencia finlandesa puede ofrecer además su ejemplo de apuesta decidida por la competitividad y la innovación. Finlandia es un país que ha invertido fuertemente para lograr que su competitividad y crecimiento esté basado en la innovación, la calidad del trabajo, la apertura de fronteras y la protección social. Justamente el *ideario* que se propone la UE.

La cuestión de la energía también será fundamental. Finlandia importa de Rusia todo su gas y por ello es favorable a reforzar una política energética europea que tenga como objetivo suministros fiables a precios razonables. Pero me dio la impresión de que lo hacía sin demasiada ilusión. Quizás porque sabe que una política energética integrada para Europa es algo todavía muy lejano y que

poco se sacará de la reunión del G8 en San Petersburgo.

Pero, ante el PE, Vanhanen, significativamente, ligó la cuestión energética con el cambio climático, en un país que acaba de decidir por referéndum construir la mayor central nuclear del mundo.

Prueba de la importancia que se otorga a estos dos temas, Finlandia convocará en Octubre en Lahti, a poco menos de 80 km de la frontera rusa, un Consejo Europeo, como el que Blair convocó en Hampton Court, dedicado a la innovación y a la energía. El Presidente Putin también está invitado. Y es que la relación con Rusia es otra de las prioridades finlandesas. Finlandia formó parte del Imperio Ruso desde 1808 hasta la revolución de Octubre, y en la Plaza del Senado de Helsinki aún se alza la estatua de Alejandro II. En definitiva, una presidencia que abre una ventana de oportunidad para que la UE siga avanzando. Esperemos que con Finlandia se demuestre una vez más que las Presidencias de países pequeños son más fructíferas que las de los grandes.
